

# PASTORCILLO DE BEGONTE

Lema: Juan

Navidad es un poco de sonrisa pequeña;  
un poema en la prosa de la vida ordinaria;  
una estrella brillante; una viva plegaria...,  
y un portal con un Niño y una Virgen risueña.

Navidad es un verso deslizado entre lirios;  
Un pedazo de gracia, recién hecha y caliente;  
Una barca de vidrio, para un agua de fuente...,  
¡y una mística sacra, para andar entre cirios!

En Begonte nos muestras con amor el camino,  
¡Navidad!, que repartes armonías humanas...  
Vas vestida de entregas, de bondades hermanas...,  
y pañales que envuelven al infante divino.

Es Begonte en diciembre como un pueblo encantado:  
paritorio celeste de una Virgen sin mancha...  
Y el establo de pajas en la noche se ensancha  
con la gloria divina del buen Dios encarnado.

El «Belén» de Begonte era un rizo de amores,  
que alumbró entre los hombres un feliz pentagrama  
de piedad, de esperanza, de promesa y de llama  
del Señor hecho carne de pueriles candores.

Era todo armonía. Esperanza de brisa  
construyó en un pesebre una cuna caliente,  
rutilante de luna, y de un Niño reciente,  
que en José es ternura y en María, sonrisa.

Es... el Cristo pequeño. Es el limpio Cordero  
que domina en su cuna la grandeza del mundo.  
Es el tierno retoño de aquel parto fecundo  
que hizo a «Dios con nosotros»: ¡Hombre y Dios por  
[entero!

En Begonte se alzan con ardor fulgurante  
las estrellas de un cielo bellamente incendiado...,  
y las bestias se quiebran en aspecto inclinado  
con la luna que vela el dormir del infante.

El anuncio del ángel es clamor en la sierra  
donde están los pastores y el ganado reposa.  
Más abajo, en el pueblo, se adelanta la rosa,  
que es la flor del invierno, y se goza la tierra

en el Dios que ha nacido de una virgen, ¡María!;  
En José traspasado de sublime plegaria;  
en las pajas doradas... y en la fiel luminaria  
de la estrella, que ronda la redonda armonía.

Es el niño tan dulce, que parece que invita  
a la paz y a la dicha. Es el niño la copa  
donde beben los soles... Y un arcángel galopa  
por la senda del cielo con bondad infinita.

Copa... Niño... Palabra... El almendro se mece  
y sus ramas se agitan despertando a las aves,  
cuando el alba declina adjetivos suaves  
y la cuna es la espiga de la harina que crece.

En designios divinos el misterio se encierra.  
Por caminos celestes de pureza y rocío  
un angélico coro va cantando con brío:  
«¡Gloria a Dios en lo alto y haya paz en la tierra!»

Acaudilla alabanzas por la noche la luna  
y verdece con himnos manantiales de plata;  
por el viento va el aura jubilosa y beata  
a la fiesta que oficia, recostada en la cuna

—que es un ara silente— la Palabra Divina.  
Resplandores de estrella le disparan al viento  
su pregón..., mientras lleva un zagal sentimiento  
hasta el pórtico santo donde Amor se culmina.

Te estremeces, muchacho, con temblor de suspiro,  
al saber que ha nacido un pastor que, en sus manos,  
acaricia testudes de corderos humanos  
y el amor le domina. Ves a Dios en el giro

del clavel o en la espuma o en la flauta de caña...,  
o en el dulce balido del cordero menudo.  
Es Begonte esa noche como un cántico mudo  
con palomas dormidas en erecta espadaña.

En tu blanca majada alentaban los días  
el fulgor reluciente de las horas soñadas.  
Las abejas hilaban sus dulzuras doradas  
en tus labios de sangre... ¡Y de pronto querías

asomarte al misterio! Yo adivino tu forma,  
¡oh pastor de Begonte!, a la luz y te veo  
con un silbo en la lengua y un extraño deseo  
de volar viento arriba, en su barca o su horma...,

o de ir por el campo, como el agua, soñando  
junto a lirios los versos de florida ribera.  
¿Tú sabías, muchacho, que Jesús también era  
un pastor de la tierra? ¿Que silbaba contando

sus corderos amados, cuando el sol se ponía?  
¿Tú sabías, muchacho, que Jesús se entregaba  
a la muerte por ellos? ¿Que por uno lloraba  
sí, al triscar por los cerros, el espino lo hería?

Tú, pastor, impaciente de veredas, caminas  
sosteniendo el cayado en tu mano delgada  
o silbando la copla que aprendiste en la arada  
soledad de los campos... Sin saberlo, declinas

el amor a las cosas y a los dulces corderos.  
Sin saberlo, te llenas de un amor que no cabe  
en la caja de un pecho como el tuyo. Suave,  
dulcemente acaricias los momentos primeros

de la vida de Cristo. Tú te sientes caudal  
de un arroyo que viene por un cauce divino.  
¿Quién pensaba, muchacho, que al andar el camino  
llegarías a un trono convertido en portal?

\* \* \*

Otra vez ha venido Navidad a este huerto...,  
y con ella, los lirios y la luz y el balido.  
Otra vez es la Vida fuego y sol para el nido,  
para el alba de oro... Otra vez se han abierto

las palomas las alas y otra vez..., de la fuente  
su infantil tarantela y sus risas de plata.  
Navidad ha venido y, en su vuelta, relata  
el poema del Niño que nació pobremente

de una Virgen sin mancha, ¡de cristal! Todavía  
resplandece la escena: un pesebre, por cuna;  
por colchón, unas pajas; por pañales, la luna...  
Y riendo y llorando, una madre: ¡María!